

# Presentación

**E**n el umbral del nuevo siglo, la “frontera” se ha convertido en una noción a la vez central y problemática. Fronteras que antes parecían inamovibles se han visto modificadas o trazadas de nueva cuenta al tiempo que en el mundo resurgen viejas, se crean nuevas y se reconstituyen otras más. Este ir y venir de fronteras, que obliga a considerar el carácter histórico y, por ende, modificable de las mismas, caracteriza gran parte de las transformaciones geopolíticas y económico-financieras de nuestras sociedades finiseculares.

De igual modo, el debate intelectual contemporáneo en el ámbito de las ciencias sociales coloca este problema en el centro del análisis, la investigación y, desde luego, la discusión. El término de frontera demarca, circunscribe, divide y delimita; incluye y excluye; identifica lo que está “dentro” y lo que se encuentra “fuera”; separa el “nosotros” del “otro” y se extiende al peligroso terreno de la “no pertenencia”. Hoy, la frontera se ha convertido en metáfora del mundo y, por ello, a finales del siglo, reclama un lugar especial en cualquier reflexión académica que sobre el mundo, el hombre y lo humano se haga actualmente.

Las tradicionales fronteras disciplinarias entre las ciencias sociales —como la que existía entre la ciencia política, la economía y la sociología— y entre éstas y otros campos del saber —como la historia y la antropología— han respondido también a esta restructuración de sus límites. Así, por ejemplo, la ciencia política, ligada tradicionalmente con el derecho, la administración pública y las relaciones internacionales, se ha visto permeada tanto por la sociología como por la economía y la historia. De igual modo, la sociología no sólo se ha cruzado con la psicología, la antropología o la ciencia política, sino también con la economía, la lingüística, la geografía y la historia. A su vez, la economía se ha abierto a los dominios de la ciencia política, del derecho, de la sociología y de la historia.

---

---

Bajo esta óptica, los tradicionales ordenamientos estrictamente disciplinarios resultan hoy día insuficientes para explicar los complicados fenómenos emergentes. La modificación de fronteras —territoriales, geográficas, jurídicas, estatales, culturales, cognoscitivas, simbólicas— configuran una diferente escenografía planetaria que obliga a una “nueva lectura del mundo”. Lo anterior evidencia, ciertamente, que las nuevas problemáticas, impensables hace sólo diez años, exigen de las ciencias sociales nuevas respuestas, interpretaciones y formulaciones, al mismo tiempo que las obligan a revisar críticamente tanto su objeto de estudio como sus capacidades de análisis, explicación y previsión de su papel frente a este complejo e incierto fin de siglo.

En el caso de las humanidades, si bien con un bagaje epistemológico común al de las ciencias sociales, no han estado tan cerca unas de otras como lo están hoy en día. La historia, por ejemplo, aquella maestra de la vida, ha devenido en socio indispensable en cualquier análisis de índole social, político, económico y cultural que de la realidad se haga. A su vez, las ciencias sociales —del derecho a la economía, de la ciencia política a la comunicación— han contribuido enormemente a hacer del discurso histórico un vehículo de explicación más global de hechos, fenómenos y procesos. Sin lugar a dudas, aquella vieja lección de la historia, “somos en virtud de lo que fuimos”, continúa siendo universalmente válida tanto para historiadores (estudiosos del “fuimos”) como para científicos sociales (analistas del “somos”).

La brecha que alguna vez separara a la historia de las ciencias sociales ha sido transpuesta: el pasado —como coto de estudio del historiador— y el presente —ámbito de dominio del científico social— se entrelazan en un mismo lenguaje histórico-político-social-económico-cultural al reconocer, tanto la una como las otras, su valor mutuo. Ninguna investigación social y humanística que se haga puede, si aspira a ser seria, evitar conjuntar ambas dimensiones o descuidar la interacción entre evidencias empíricas y formulaciones teóricas.

De esta manera, la historia, con el fin de comprender el sentido de los datos que maneja, ha debido reconocer el valor analítico de perspectivas epistemológicas provenientes de las ciencias sociales. A su vez, estas últimas se han apoyado en el análisis histórico para, a partir de allí, reelaborarse teóricamente, y han asumido que, en

el estudio de fenómenos aislados examinados en sus diferentes dimensiones, resulta indispensable la ubicación del suceso dentro de la larga cadena histórica de la que, indefectiblemente, forma parte. De nuevo: el estudio del presente requiere de la perspectiva de su pasado para contextualizar el análisis y, así, comprender los porqués, contestar los para qué y proyectar los hacia dónde. Los tiempos pasado, presente y futuro no son sino un constante diálogo recíproco entre el fue, el es y el será, diálogo dinámico que permanentemente cruza fronteras dejándose escuchar tanto en la reconstrucción documental como en la empiria del trabajo de campo.

Por lo anterior, el presente número de la *Revista Mexicana* ha querido abordar este cruce de fronteras entre alguno de los factores histórico, sociológico y político subyacentes en teorías y hechos, a través de una colaboración interdisciplinaria donde las voces del historiador, el teórico social, el sociólogo y el politólogo se dejan, al unísono, escuchar a través de un lenguaje común: el hombre y sus circunstancias.

Así, en *Perspectivas Teóricas*, el historiador germano Walther L. Bernecker presenta el interesante trabajo “La investigación histórica del ‘tiempo presente’ en Alemania”. En éste, el autor muestra claramente el uso tan distinto que las dos Alemanias —la Federal y la Democrática— hicieron de sus propios discursos históricos, hasta que se configuraron, amén de dos realidades políticas, dos visiones antagónicas del devenir contemporáneo alemán. Asimismo, el artículo aborda temáticas tan espinosas como el régimen del nacionalsocialismo y sus secuelas —incluyendo, desde luego, el siempre doloroso tema del holocausto— así como los nuevos lenguajes históricos actuales surgidos en la Alemania reunificada que intentan replantearse y reinterpretar, a la luz de nuevos métodos, enfoques y perspectivas, su gravoso pasado con el fin de poder comprender más cabalmente la percepción y vivencia de su presente.

La vida cotidiana, aquella que a veces olvidamos por “ordinaria” y “común”, es materia también de la academia. Tanto la historia como la sociología, yendo más allá de los grandes hechos y la estadística, han abordado, desde distintos puntos de vista, esta problemática: cómo vive, siente, piensa, se divierte, sufre, ríe, llora, ama, odia, la gente común y corriente de una sociedad común y corriente. Analizar tal perspectiva ha requerido, ciertamente, de la creación de

---

---

métodos de investigación e instrumentos de conocimiento alternativos para comprender y explicar este mundo de lo cotidiano. En “Antecedentes teóricos de la etnometodología y el interaccionismo simbólico”, Cecilia Rodríguez realiza, justamente, un análisis teórico retrospectivo dirigido a descubrir las posibilidades cognitivas de la microsociología (la sociología de la vida cotidiana). Para ello, la autora ubica los antecedentes teóricos de dos escuelas sociológicas fundamentales para el estudio del mundo ordinario y de la vida cotidiana: la etnometodología y el interaccionismo simbólico. A través de ellas, la microsociología, como en su caso la microhistoria, nos ayuda a acercarnos a lo más cercano —que por tal condición escapa, muchas veces, al ojo del investigador—: lo común y corriente.

No hay duda de que el lenguaje, el instrumento de comunicación más común y corriente, se compone de símbolos, las más de las veces conscientes y racionales. Sin embargo, existe también la posibilidad de lograr un real y auténtico entendimiento —tanto público como privado— a través de otro tipo de comunicación: la no verbal, la inconsciente, la imaginaria; un lenguaje basado en lo “no comunicado”, un sistema de símbolos que puede, por igual, contribuir a comprender mejor la relación entre el lenguaje social, sus funciones y simbolismo, y la cultura. Ello es analizado en “Lenguaje y cultura o lo imaginario y la razón. Una aproximación a la hermenéutica simbólica”, de Blanca Solares, trabajo que cierra esta sección.

La mujer ha adquirido también, como parte esencial de la vida cotidiana de una sociedad, un destacado lugar como tema de investigación a través de los llamados “estudios de género”. Éstos, de vieja data histórica, encuentran sus raíces en los primeros movimientos feministas y están centrados en la reflexión sobre la identidad y el papel que las sociedades han asignado a los géneros, así como a la relación entre los mismos y su reproducción social. Para tal fin, los estudios de género han desarrollado dos fuentes epistemológicas principales: por una parte, las procedentes de las diversas ciencias humanas que han reflexionado sobre los significados de la diferenciación sexual y, en segundo lugar, aquellas surgidas de la práctica y la teoría feminista.

Cabe destacar que de hasta hace poco tiempo, los conceptos de *sexo* y *género* se utilizaban de manera indistinta dentro del lenguaje de las ciencias sociales. Sin embargo, en la literatura reciente, *sexo*

se reserva preferentemente para referirse a las características biológicamente determinadas, relativamente invariables, de la mujer y el hombre, mientras que *género* alude a las características socialmente construidas que definen lo masculino y lo femenino en las distintas culturas.

Desde esta perspectiva, tres trabajos sobre estudio de género integran la sección Cuestiones Contemporáneas, misma que comienza con una de las más connotadas especialistas en estudios de género y feminismo: Claudia de Lima Costa, catedrática e investigadora en el Departamento de Lengua y Literatura del Centro de Comunicación y Expresión de la Universidad Federal de Santa Catarina, Florianópolis, Santa Catarina, Brasil. En "El sujeto del feminismo", Lima Costa aborda el siempre polémico tema de la identidad femenina: su construcción, deconstrucción, significado y redefinición en los tiempos actuales.

A su vez, la subordinación de la mujer, clásica en la historia de las sociedades humanas, ha devenido también en materia académica. Desde la teoría feminista hasta los estudios de la mujer, pasando por la perspectiva de género, los especialistas han analizado el origen, causas y funcionamiento de la desigualdad entre los sexos así como la legitimación de la alteridad, exclusión, negación y subordinación de lo femenino con respecto al mundo de lo masculino. El estudio de Estela Serret, "Subordinación de las mujeres e identidad femenina. Diferencias y conexiones", nos introduce, justamente, en tal temática, contribuyendo, con ello, a una mejor comprensión de este fenómeno, desgraciadamente aún típico, de la vida cotidiana de nuestras sociedades modernas.

Aunque hay, ciertamente, mujeres que han tenido éxito en su trabajo, no hay duda de que ellas también enfrentan agudos dilemas con respecto a sus puestos y a los compañeros que las rodean, como atinadamente analiza Gina Zabłudowsky en su artículo "Las mujeres en cargos de dirección: obstáculos y cultura organizacional en las compañías privadas". En él, la autora aborda el fenómeno de la participación femenina en los mercados laborales, especialmente en los cargos de dirección. A través de un exhaustivo trabajo de campo dirigido, principalmente, por herramientas estadísticas, la autora va desglosando los diversos aspectos que al respecto se suscitan: las tendencias de participación de las mujeres en puestos ejecutivos,

---

sus dificultades de ascenso administrativo, las barreras socioculturales todavía existentes entre los géneros, las políticas laborales de exclusión, el estado civil, entre otros.

Los estudios de género, pues, ayudan, sin lugar a dudas, a reducir esa brecha social, política e inclusive cultural que ha conducido a que las diferencias de sexo sean traducidas en desigualdades.

Si existe una actividad más determinante en la vida social ésa es la política; si un personaje, el político; si una actitud ante la vida, lo político. Definida de mil y un maneras y aplicada de otras tantas, el ejercicio del poder ha servido como argumento y excusa para, prácticamente, todo: teorizar, ejecutar, dirigir, planear, diseñar, cambiar, condenar, salvar, censurar, liberar, matar, vivir, morir. El bien común y una cultura libertaria, el gran fin de esta actividad tan humana, no se ha logrado y sin embargo la lucha por merecerlo continúa hoy como ayer. Sin duda alguna, un ejemplo de ello es ese gran parateguas coyuntural del siglo xx: 1968.

1968 recorrió al mundo como un acontecimiento excepcional que sacudió la conciencia política, estética y moral de una generación. De París a Praga, de aquí a Berlín, Berkeley o México, se suscitó el gran grito de rebeldía de los jóvenes, grito unificador de conciencias, identidades y sentimientos a pesar de las diferencias y peculiaridades nacionales y culturales. La protesta contra el *establishment*, característica de entonces, planteaba una crítica radical a un pasado y a una estructura social que, negándose a transformar las viejas estructuras de poder, marginaba ya sea a las clases medias, ya a los jóvenes, según entendamos diferentes contextos sociopolíticos y culturales. En 1968, el ¡basta! de toda una generación hizo explosión arrojando a las calles a millares de muchachos que buscaban liberar sus instintos, socializar al individuo e invocar la posibilidad de un mundo mejor. El movimiento del 68 implicó una contrapropuesta político-social vital que se propuso romper profundamente con valores y mentalidades previas. 1968 simbolizó así un año rebelde y mágico, en el cual, al grito de lemas hasta entonces inauditos ("La imaginación al poder"; "seamos realistas, ¡exijamos lo imposible!", etcétera), se buscaba escalar el cielo y encontrar los paraísos perdidos de la franca y total libertad.

A 30 años de la rebeldía, las páginas de este número recogen sendos trabajos sobre algunos de los aspectos que aquel movimien-

to suscitara: Laura Baca, “Los intelectuales y el movimiento del 68”, e Isidro Cisneros, “1968 y la teoría política de Norberto Bobbio”.

En el primero de ellos, se analiza una de las más debatidas temáticas en las ciencias sociales y humanísticas: ¿cuál debe ser el papel del intelectual frente a la política, la sociedad y la cultura? En el caso mexicano, en general, y ante los negros hechos de aquella “noche de Tlatelolco” en particular, la autora se plantea el porqué y para qué de que los intelectuales participen —sea como voceros, críticos o actores directos de los hechos— en las circunstancias de su entorno. La responsabilidad de ellos ante el 68 mexicano, así como sus diagnósticos y propuestas al respecto son, asimismo, abordados en este escrito.

Por su lado, Isidro Cisneros enfoca su análisis en un intelectual: Norberto Bobbio; una coyuntura: la Italia de 1968, y una filosofía política: la democracia. La interrelación entre estos factores constituyen el marco a través del cual el autor analiza las peculiares características del 68 italiano así como la postura de Bobbio ante él, la sociedad política de su tiempo y los problemas que ante sí tuvo ésta que arrostrar.

Aunado a este cuadro político, en la sección Documentos se publica una interesante entrevista a Arnaldo Córdoba, realizada por Héctor Zamitiz, en la cual, amén de recorrer su propia trayectoria académica y analizar los problemas y desafíos de la ciencia política, se concentra en la necesidad de recuperar a los pensadores y filósofos políticos clásicos para adecuarlos a las necesidades políticas del momento y darle a la ciencia de la política y a la acción de lo político su justa dimensión.

Para finalizar, tres estudiosos de los sucesos de 1968, N. Casullo (*París 68. Las estructuras, el recuerdo y el olvido*), J. Volpi (*La imaginación y el poder*) y S. Aguayo (*1968, los archivos de la violencia*), son materia de tres reseñas que dan cuenta de la interconexión, siempre dinámica, de la ciencia de lo histórico y la ciencia de lo social, ecuación que no debe faltar en cualquier análisis de nuestras circunstancias actuales.

De este modo, el amplio espectro disciplinario y temático recogidos en este número permitirá al lector abordar, desde nuevas ópticas, problemas centrales para la realidad y las ciencias sociales contemporáneas.